



Julia Stagg



L'auberge

Un hostel en los Pirineos

Julia Stagg

Traducción de Dolors Gallart

Rocaeditorial

A Mark,
mi chef particular en un restaurante francés

—¿Vendido? ¿Cómo que lo han vendido?

Josette se recolocó las gafas en el puente de la nariz y, tras apartar de un manotazo los embutidos colgados que le obstruían la visión, fijó la mirada en la persona que traía la noticia más sensacional que habían oído en el municipio de Fogas desde... bueno, desde el día en que el cura fue sorprendido en una comprometedor postura junto a madame Sentenac. El que irrumpió en la habitación fue ni más ni menos que monsieur Sentenac, que esgrimía una escopeta con expresión enloquecida. En menos de un segundo, el cura saltó por la ventana y huyó, abandonando a un tiempo a su amante y a sus feligreses, a raíz de lo cual la iglesia había permanecido sin sacerdote durante los últimos veinte años.

Aunque, claro, aquello era mucho más extraordinario.

—Pues que lo han vendido —reiteró la más alta de las dos mujeres que tenía enfrente, al otro lado del mostrador.

Josette observó cómo Véronique, la cartera de Fogas, efectuaba una pausa de gran efecto durante la cual transfirió la baguette que asía a su mano izquierda (por no dejarla encima del mostrador de cristal abarrotado de cuchillos de caza), para después cepillarse con parsimonia la harina que se le había prendido a la rebeca. En cuanto había entrado en la tienda, con la mirada brillante y aquella sonrisa maliciosa, Josette había tenido la certeza de que iban a escuchar interesantes habladurías, y también de que Véronique iba a tomarse su tiempo para revelarlas.

Tras ajustarse la cruceilla que llevaba colgada del cuello, Véronique se decidió a proseguir la explicación.

—Lo han vendido y ya han empezado a firmar papeles.

Se oyó una exclamación de asombro, exhalada por la otra testigo de tan increíble revelación, descontando a Jacques. Aquello demostró la insuperable habilidad de Véronique para enterarse de los pormenores de la vida del pueblo, sobre todo cuando otras personas como la mujer que tenía al lado, Fatima Souquet, esposa del teniente de alcalde, aún no sabían absolutamente nada.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —preguntó Fatima con brusquedad.

Josette advirtió con regocijo el mal disimulado enojo que despuntaba en su voz.

Con una ladina sonrisa, Véronique se inclinó para revelar los detalles del chisme.

—¡Porque yo estaba arriba en el Ayuntamiento y oí al alcalde hablando por teléfono con el notario! La semana pasada firmaron el compromiso de venta y en menos de un mes el Auberge des Deux Vallées tendrá nuevos propietarios.

10

Como si se hubieran puesto de acuerdo, las tres mujeres se volvieron para mirar por la ventana el imponente edificio de piedra encumbrado en la orilla del río al final del pueblo, recubierto de glicinias que crecían descontroladas hasta los canales del techo, con los postigos medio descolgados y un aire general de abandono.

—Pero eso no es todo —prosiguió Véronique, adoptando un sombrío tono—. El nuevo propietario no es el cuñado del alcalde.

Aquello fue demasiado para Fatima, que se volvió como una centella, con expresión estupefacta.

—¡No puede ser! —aseguró—. Ya habían cerrado el trato. Su cuñado ya había mandado hacer incluso tarjetas de presentación.

—¡Bah! —replicó Véronique, quitándole importancia—. Pues de poco le van a servir ahora. En el último momento salió alguien que ofrecía más.

En ese momento Josette comenzó a experimentar cierta ansiedad. Si Véronique estaba en lo cierto, como de costumbre, aquello solo podía acarrear complicaciones para el pueblo, habida cuenta de la legendaria cólera con que solía reaccionar el

alcalde. La idea la indujo a lanzar una mirada a Jacques, que permanecía como siempre en el rincón más oscuro de la tienda, con la blanca aureola del cabello recortada sobre el telón de fondo de las latas de *cassoulet*, pastillas para encender el fuego y cordones de zapatos, y se le encogió el corazón. No le convenían para nada las complicaciones. Se le veía tan indefenso y tan molesto... aunque Josette no estaba segura de si su irritación se debía a las últimas noticias o a la presencia de Fatima Souquet en su amada tienda.

—Ah, bueno —dijo con un suspiro, mientras limpiaba distraídamente con la manga el cristal del mostrador, por si acaso residía allí la raíz del disgusto de Jacques—. Al menos volverán a abrir el hostel, y de todos modos el restaurante no puede ser peor que el de antes.

—¡Ja! Eso es lo que crees —la contradijo Véronique, a punto de enseñar el as que guardaba en la manga—. Los nuevos propietarios, agarraos bien, ¡son ingleses!

Fatima retrocedió y, con el efecto de la sorpresa, se agarró al mostrador de vidrio para equilibrar la postura. Aquella vez, sin embargo, no recibió ninguna reprimenda por ello, porque Josette estaba demasiado anonadada.

Habían vendido el hostel a los ingleses. ¿Cómo se iba a recuperar el municipio de aquello?

«*Merde, merde y merde.*» Serge Papon volvió a aporrear con su artrítica mano el volante, provocando un brusco giro en la trayectoria del coche por la estrecha carretera que iba de Fogas a La Rivière. Con mano experta entrenada a base de frecuentes arranques de mal genio y de aún más frecuentes trayectos realizados bajo los efectos del alcohol, Serge dio un volantazo, encarando el vehículo hacia la montaña antes de que se fuera por el borde del barranco.

Alguien iba a pagar por aquello, de eso no cabía duda. Se había pasado los últimos seis meses colmando de atenciones a Gérard Loubet para asegurarse de que aceptaría la oferta de su cuñado para comprar el hostel. Hasta le había perdonado los impuestos municipales al viejo zorro, convencido de que ya te-

nían en el bolsillo el hostel, y ahora Loubet iba y se lo vendía a otro para luego retirarse a la costa del Mediterráneo. Y lo peor de todo era que ese otro era un inglés.

¡Agh!

Echando humo ante tamaña audacia, Serge dobló la cerrada curva que rodeaba la iglesia románica situada al principio de La Rivière con menor pericia que de costumbre, y poco le faltó para rozar la pared.

Como punto de intersección de los dos valles presididos por los pueblos de montaña de Fogas y Picarets, La Rivière cumplía un papel aglutinador dentro del municipio de Fogas. A lo largo del tiempo había servido a menudo de elemento pacificador entre los dos pueblos en las eternas luchas por el poder, seguramente debido al hecho de que para ir de una punta del municipio a la otra, era necesario bajar a La Rivière para subir al otro lado. De todas maneras, con el estado de ánimo actual de Serge Papon, iba a ser preciso algo más que una adecuada situación de diplomacia geográfica para calmarlo.

12

Serge apretó la mandíbula al pasar frente a la oficina de correos, cerrada en su pausa de mediodía. Seguro que a la cartera, Véronique Estaque, le había faltado tiempo para propagar sus chismorreos y ahora todo el municipio debía de estar mofándose de él. Además, todavía tenía que comunicarle la noticia a su hermana, y no se moría precisamente de ganas.

Serge apretó aún más fuerte la mano en el volante, proyectando la cabeza hacia el parabrisas.

Ya les enseñaría a todos. Él era alcalde de Fogas, con todo el poder que le proporcionaba su cargo, y no le daba miedo usarlo.

Después de doblar la última curva pisó el freno delante de la señal de ceda el paso. Mientras miraba a la izquierda por si venía algún vehículo, atrajo su vista el letrero metálico del edificio situado un poco más allá, que se balanceaba agitado por la leve brisa: AUBERGE DES DEUX VALLÉES.

Serge Papon asestó una airada mirada a la casona, como si le hubiera infligido una ofensa personal.

Con un bufido, torció hacia la carretera principal y prosiguió murmurando para sí.

Alguien iba a pagar por aquello.

Y

El ambiente de conmoción que aún impregnaba el oscuro interior del colmado tras la revelación de Véronique se vio interrumpido por el ruido de la gravilla que se proyectó contra la ventana tras el frenazo de un coche en el exterior.

Josette fue la primera en reaccionar.

—¡Es el alcalde! —musitó, agitando las manos para avisar a las dos mujeres con las que estaba charlando.

Las clientas se separaron bruscamente. Demostrando un repentino interés por la vitrina de los quesos, Véronique quedó absorta en la contemplación de las porciones de Bethmale y Rogallais, mientras Fatima se ponía a observar con suma atención las pastillas para el fuego. A Josette solo le dio tiempo de reparar en el empeoramiento de la mala cara de Jacques, causado por la proximidad de Fatima, antes de que la puerta se abriera de golpe dando paso al alcalde, que evidentemente no llegaba de muy buen humor.

—¡Pastís! —pidió con aspereza a Josette.

Luego se encaminó a la sala de al lado, que cumplía las funciones de bar del pueblo, sin prestar atención a las dos mujeres, quienes se esforzaban por confundirse con las paredes.

Josette lo siguió y se puso a prepararle la bebida mientras él revolvía en el bolsillo en busca del teléfono móvil antes de coger la silla más cercana al fuego y dejarse caer en ella con un suspiro de contrariedad. A continuación se puso a teclear en el aparato y necesitó varias tentativas para marcar el número correcto, debido por una parte a sus regordetes dedos y por otra a su vana negativa a ponerse gafas. Al final se pegó el teléfono a la oreja.

—¿Christian? ¿Christian? —gritó—. Ven aquí ahora mismo. Una reunión de urgencia... ¿Cómo? Me da igual que tengas el brazo metido en el culo de una vaca. Ven aquí de inmediato. Y tráete a ese idiota de Pascal también —añadió, justo antes de colgar para no oír las objeciones que aún brotaban por el auricular.

Mientras llevaba la bandeja con la bebida del alcalde hasta la mesa, Josette advirtió por un instante la demacrada cara de Fatima a través de la puerta de la tienda. Seguro que estaría fu-

riosa por oír aplicar tal calificativo a su marido Pascal, y más aún estando Véronique presente, pensó al tiempo que colocaba el vaso de pastís en la mesa. Derramó unas gotas al depositar la jarra de agua al lado, pues se dio cuenta de que Jacques, con una leve sonrisa en el rostro, estaba sentado en el rincón de la chimenea, sin reparar en el vigor de las llamas, justo detrás del alcalde. Este no le dedicó, no obstante, ni una mirada, limitándose a atraer el vaso hacia sí para luego añadir un chorro de agua. Después tomó un largo trago del opaco líquido con los ojos entornados, absorto en sus pensamientos.

Christian Dupuy cogió las llaves del coche del estante y salió. La voz de su madre lo siguió a través de la puerta y del patio, y hasta le dio la impresión de que rebotaba desde los blancos picos que dominaban el horizonte.

14 —Ese hombre es un granuja, Christian, mira bien lo que te digo. ¡Sea lo que sea lo que trama, más te vale quedarte al margen! —lo amonestó al tiempo que agitaba el trapo de cocina frente a las dos gallinas que intentaban colarse al interior de la casa.

—Sí, mamá —murmuró Christian mientras introducía su corpachón en el Panda 4x4.

«Debería comprarme un coche más grande», pensó, doblando las rodillas bajo el volante. De todas las maneras, tal como se presentaban las ganancias del campo, era poco probable que pudiera hacerlo ese año.

—Tiene toda la razón —apoyó su padre desde el cobertizo donde estaba enredando con un viejo tractor, rodeado de gran cantidad de piezas.

Christian lo miró mientras colocaba otra más encima de una abultada pila, previendo que esa noche su padre se acostaría asegurando haber reparado la máquina, pero sin que el volumen de las piezas descartadas hubiera disminuido.

—Aunque ya que vas a bajar al pueblo, ¿podrías comprar un extintor?

Enarcando una ceja, Christian miró a su madre, que colocó los brazos en jarras en actitud de desafío.

—Tuve otro accidente, sí. Al menos me di cuenta a tiempo.

Christian sonrió con resignación y arrancó el motor. Por desgracia, últimamente tenía cada vez más la sensación de que en su relación con sus padres, él era el padre y ellos los hijos. La incapacidad de su madre para cocinar una comida sin prender fuego era un auténtico incordio, y el hecho de que su padre supiera más sobre política de extrema izquierda que sobre agricultura no resultaba precisamente muy útil para la gestión diaria de la granja. ¡Y todavía se extrañaban de que siguiera soltero a los cuarenta años!

Lanzando un nuevo suspiro, puso la marcha y se alejó por la carretera de La Rivière, planteándose si debía obrar en contra de sus convicciones políticas y adquirir acciones de la empresa que fabricaba los extintores que continuamente tenía que comprar. ¡Al paso que iba su madre, le reportarían más beneficios que la granja!

Atravesó la localidad de Picarets con la vista posada sobre la magnífica panorámica que ante él se desplegaba. Las casitas se abrazaban a la ladera con el majestuoso telón de fondo de las montañas más altas, las auténticas cumbres pirenaicas que se perfilaban en el horizonte. Por más veces que circulara por esa carretera, nunca se cansaba de contemplar aquel paisaje. No obstante, cuando el coche dio la espalda a las montañas para introducirse en los bosques que conducían al fondo del valle, se concentró en Serge Papon.

¿Qué demonios debía de pasarle para exigirle que lo dejara todo para ir al colmado?

Josette acababa de servir su segundo pastís al alcalde cuando la puerta de la tienda se abrió, acompañada por un sonido semejante a un eructo ahogado que provenía del viejo timbre situado sobre la puerta. Se estaba volviendo cada vez más imprevisible, y alternaba entre un repertorio de groseros ruidos o la ausencia total de sonido. Aunque sabía que había llegado el momento de cambiarlo, Josette había postergado la medida por motivos sentimentales, influida también por el hecho de que ya no podía pedirle a Jacques que se ocupara de ello.

—*Bonjour* —saludó Christian cuando apareció en el umbral del bar. Dio un abrazo a Josette, que al ser mucho más baja que él quedó momentáneamente colgada en el aire.

—Ya era hora —murmuró el alcalde, con un mal genio que no había conseguido disipar el pastís ya consumido.

Sin hacerle caso, Christian agarró de las manos a Josette, observando con atención su cara.

—¿Cómo estás?

—Bien... bien... —logró articular ella mientras lanzaba una ojeada a Jacques, quien desde el rincón de la chimenea lucía una franca sonrisa inducida por la llegada de Christian, el hijo que nunca había tenido—. Algunos días mejor que otros.

Christian asintió con la cabeza.

—Bueno, si necesitas ayuda en lo que sea, no tienes más que decírmelo.

—Claro —mintió ella, al tiempo que retiraba las manos para volver a la tienda, temiendo verse abrumada ante tanta consideración.

16

Véronique se había instalado cómodamente en un taburete frente al mostrador de la tienda, resuelta a no marcharse justo cuando las cosas se ponían interesantes. No obstante, al ver entrar a Josette se apresuró a levantarse.

—Ven a sentarte, Josette —dijo señalando el asiento—. Ya llevaré yo las bebidas al bar. Pareces derrotada.

Josette sonrió porque sabía que, aun siendo casi genuino, el ofrecimiento de Véronique también estaba motivado por su insaciable deseo de mantenerse al corriente de cuanto sucedía en Fogas. De todas maneras se sentó, se quitó las gafas y se masajeó las sienes, reconociendo que estaba cansada. Quizá se debiera a la aprensión por los conflictos que amenazaban el municipio. En cualquier caso, en ese momento se sentía como si a la carga de sus sesenta y siete años le hubieran sumado unos cuantos más.

—¿Dónde está Fatima? —preguntó al percatarse de su ausencia.

Véronique señaló la ventana con una mueca de ironía.

—Preparando a su marido para la próxima reunión, como siempre.

Fatima había, en efecto, arrinconado a Pascal contra el tablón de anuncios del Ayuntamiento, al final del callejón que conducía a la oficina de correos. Fuera de la vista del bar, gesticulaba con frenesí machacando instrucciones. Él, por su parte, tenía la expresión de estar ejercitando hasta el máximo sus facultades mentales, entre el esfuerzo por memorizar cuanto decía su esposa y el intento de esquivar la gran cantidad de mierda de perro que, desparramada por el suelo, amenazaba el impecable lustre de sus zapatos.

Una vez concluida su arenga, Fatima retrocedió, liberando a Pascal del infierno canino. Tras efectuar una última comprobación de su aspecto en la ventanilla de su coche, este se alisó el pelo y se encaminó al bar, optando por entrar directamente por la puerta de delante sin pasar por el colmado.

Josette rio para sus adentros. Pobre Pascal; todavía evitaba la tienda si podía. Nunca había gozado de las simpatías de Jacques, quien nunca se había molestado en disimular su desprecio. Para este, Pascal Souquet representaba lo peor de los propietarios de segundas residencias de la zona, que reivindicaban un estatus de lugareños porque sus padres habían nacido allí y de niños habían pasado todas las vacaciones de verano en la comarca. Si bien aquello no era un problema en sí, la mayoría de las personas que se instalaban en las casas que habían heredado tenían una postura conservadora y no querían que nada cambiara en el municipio, reacias a aceptar que, para los jóvenes, el cambio era esencial, ya que si no el municipio no podría mantenerlos.

Por eso, cuando Pascal resultó elegido como teniente de alcalde valiéndose del apoyo de la red de propietarios de segundas residencias, Jacques se quedó consternado. Su inquietud se apaciguó un poco con el nombramiento de Christian Dupuy para el otro cargo de teniente de alcalde, que suponía un contrapeso frente a la egoísta ambición de Pascal y su esposa y las eternas intrigas políticas del alcalde. Aquello no había disipado, con todo, el temor con que Jacques contemplaba el futuro del municipio.

Mientras veía a Fatima colocándose en el interior de su coche a fin de poder ver cuanto sucedía en el bar, Josette se preguntó si los temores de Jacques tenían algún fundamento.

Y

—¡Llegas tarde! —gruñó Serge cuando Pascal entró en el bar y le rozó levemente los dedos con aquella clase de afeminado apretón de manos que tanto detestaba. De no haber tenido las suyas tan consumidas por la artritis, le habría estrujado tanto que su ostentoso anillo de sello le habría dejado una perenne marca en la piel.

Sin sospechar los sombríos pensamientos que albergaba el alcalde, Pascal se volvió hacia Christian para dispensarle el mismo blando saludo. Luego tomó una silla y, tras limpiar cuidadosamente el asiento, se instaló en ella y cruzó con desenvoltura una pierna encima de otra, dejando bien visibles sus immaculados pantalones.

Serge notó que se encendía de cólera. Tener que solucionar el asunto del hostel ya era un fastidio, pero haber de aguantar a diario a aquel presuntuoso petimetre resultaba insoportable. Con la mano crispada en torno al vaso de pastís intentó calmarse, respirando profundamente por la nariz tal como le había visto hacer a su mujer cuando practicaba yoga.

«Lo bueno hacia dentro, lo malo hacia fuera. Lo bueno hacia dentro, lo malo hacia fuera. Lo bueno hacia dentro...»

—¿Serge? ¿Estás bien?

Christian le hablaba con cierta cara de preocupación. Mucho más apaciguado, volvió a centrar la conciencia en el bar y en la cuestión por la que estaban reunidos.

—Sí, eh, bien, hummm. —El alcalde carraspeó y apuró el pastís, reclamando a un tiempo la atención de Véronique—. Pastís, cerveza y un kir —pidió sin dar margen a objeciones por parte de los otros dos, decidido a no seguir bebiendo solo.

»Tenemos un problema, un tremendo problema —anunció, yendo directo al grano, con la seguridad de haber captado la atención de Pascal y Christian—. Han vendido el hostel a una gente de fuera.

Observando a su público, Serge dedujo al instante que Christian oía por primera vez la noticia. Pascal, en cambio, había recibido instrucciones de la comadreja de su mujer, que había estado antes en la tienda con Josette y Véronique. Bueno,

tanto mejor. Christian, que era el más difícil de manejar, se encontraba en desventaja al no haber previsto lo que se avecinaba. Serge se sintió con ello más confiado de poder llegar a una solución.

—Pero yo pensaba que lo iba a comprar tu cuñado —señaló Christian, visiblemente desconcertado por la complacida sonrisa de Pascal.

—También yo —gruñó Serge—. ¡También yo! Pero Loubet, así se pudra, sin más ni más vendió el hostal a un extranjero; sin pensar en las repercusiones que eso puede tener en el municipio.

—¿Repercusiones? —inquirió Christian, apartándose para dejar que Véronique sirviera las bebidas. Procurando no reparar en sus formas cuando se inclinó sobre la mesa, posó la mirada en el alcalde. Al ver que se había acentuado la sonrisita de suficiencia en la cara de Pascal, supo que se había dado cuenta, el muy maldito.

Christian se rascó la cabeza para disimular su azoramiento y decidió de golpe que debía salir más a menudo. Si empezaba a desear nada menos que a Véronique Estaque, con sus aires de santurrón y su mal gusto en el vestir, era que se encontraba en una situación desesperada.

—De nada —dijo con sarcasmo Véronique al alejarse, incrementando la confusión de Christian hasta que este cayó en la cuenta de que se refería a la falta de gratitud por haberles servido las bebidas y no a su intempestiva lascivia.

Serge reanudó la conversación sin hacerle el menor caso a Véronique, tal como hacía con todas las mujeres.

—Sí, repercusión en el municipio. La venta del hostal a unos extranjeros causará un profundo impacto en Fogas.

—¿En qué sentido?

—El restaurante quebrará —intervino Pascal con la actitud de quien se dirige a un niño retrasado—, y entonces la buena gente de la zona no tendrá ningún sitio donde ir a comer.

Arrellanándose en su asiento, Serge tomó en consideración el argumento. De modo que Pascal había recibido instrucciones de Fatima; se notaba que sabía qué estrategia iba a adoptar el alcalde y quería que su marido se situara en la misma vía. Ha-

bía que preguntarse, sin embargo, por qué lo hacía, y se prometió postergar para más tarde el análisis de aquella cuestión, para cuando su esposa estuviera roncando a su lado y el dolor en las manos le impidiera dormir. Por el momento debía mantenerse bien concentrado para conducir el asunto hacia el desenlace que se proponía.

—Pero ¿por qué es tan evidente que el restaurante va a quebrar solo porque sean extranjeros? —planteó Christian.

—Porque —contestó Pascal con su particular estilo de arrogancia— los nuevos propietarios son ¡ingleses!

Christian miró a Pascal y después al alcalde, y a continuación cogió la cerveza.

—¡Mierda! —exclamó—. Eso sí que es un problema.

Serge se acercó el vaso a los labios para ocultar su sonrisa de satisfacción. Aquello iba a ser más fácil de lo previsto.

20 Al cabo de varias horas y muchos pastís, Josette cerró la puerta del bar detrás del alcalde y sus lugartenientes y se dispuso a recogerlo todo. A través del cristal veía las parpadeantes luces del municipio de Sarrat, cual brillantes puntitos de civilización posados en la ladera de la montaña. Delante del bar, en cambio, la carretera de La Rivière desaparecía engullida por la noche y la imponente mole del Cap de Bouirex. Josette solo alcanzaba a distinguir la silueta del hostel destacada en el extremo del pueblo, más allá del radio de acción de la última farola.

De manera que en la alcaldía iban a tomar medidas. Según Véronique, el alcalde había convocado una reunión extraordinaria del consistorio del municipio de Fogas para la tarde del día siguiente en el Ayuntamiento. Tenía preparado un plan, pero Josette no estaba segura de si sería beneficioso para el municipio.

Con un suspiro, echó los cerrojos de la puerta, cerciorándose de que quedaban bien ajustados tanto arriba como abajo. De improviso Jacques apareció a su lado y se puso a mirar la carretera que conducía al hostel.

—Pues sí —le dijo Josette—, ya está otra vez con sus triquiñuelas.

Sin responder, Jacques siguió con la vista fija en el hostal.

—Aunque ahora al menos tenemos a Christian como teniente de alcalde y eso servirá para que no se desmanden demasiado las cosas. —Al oír mencionar a Christian, él asintió con la cabeza—. Bueno, me voy a dormir. Estoy muy cansada. ¿Te veré mañana?

Jacques se volvió hacia ella y Josette supo que trataba de decirle algo. Sonrió para disimular su frustración. Qué difícil era aquello; si perderlo había sido duro, haberlo recuperado en aquellas condiciones resultaba casi peor.

Se fue hasta el fondo del bar y comenzó a subir las escaleras que conducían a aquella cama doble vacía que en el transcurso de los últimos seis meses parecía haberse vuelto más grande.

Abajo, en la penumbra del bar, Jacques se mantenía en vela ante la ventana, escudriñando la noche y la inminencia de complicaciones.

22 *L*a pila de leña estaba tibia. Aquel debía de ser el único lugar cálido, directamente expuesto a los escasos rayos de sol que lograban superar la cima de la colina situada frente al hostel a mediados de noviembre. Estaba satisfecha, a recaudo de miradas. El olor de la leña le causaba un picor en la nariz y aunque había detectado el zumbido de una abeja superviviente, no se movió. Estaba aprovechando al máximo aquella imprevista tregua de calor.

—*Tomate. ¡Tomate!*

El animal agitó las orejas, pero mantuvo los ojos cerrados.

—*Tomate, la comida.*

Abrió un ojo, que fue como una verde ranura brillante de sol, destacada sobre el pelo negro y blanco.

—*Venga, Tomate, que si no llegaré tarde a la escuela.*

Chloé Morvan dejó con rabia la cartera en el suelo y se encaminó al montón de leña agitando la bolsa de comida. Sabía dónde estaba la gata: siempre se colocaba en el mismo sitio y siempre se hacía la remolona. Alargando su corto brazo hacia lo alto de la pila de leña, Chloé introdujo la mano en una pequeña oquedad formada entre dos recios troncos y notó el cálido contacto de la pelambre.

—Es la hora de la comida —dijo, acariciando el único retazo de gata que alcanzaba con los dedos.

Después de retirar el brazo abrió la bolsa y sirvió pienso para gato en el cuenco que había en el suelo. Como siempre, el ruido que este produjo al chocar contra el metal suscitó una reacción en *Tomate*. Primero sacó una pata, luego la otra, hasta

que salió estirándose de su escondite y con un bostezo mostró la rosada lengua que se curvaba contra el paladar. La gata contempló el mundo con una mirada de burlona indecisión, como si dudara de que fuera el mismo que había dejado atrás al cerrar los ojos aquella mañana; después posó la vista en Chloé y dio rienda suelta al ronroneo.

—¿Estás seguro de que tenemos algún derecho a hacer eso? —preguntó Lorna Webster sin despegar ni un instante la mirada de la carretera.

Le habría bastado desviarla un momento hacia Paul para marearse. Una vez más, pensó si era muy atinado que una persona tan propensa al mareo como ella se trasladase a vivir a los Pirineos franceses.

—Parece que el de la inmobiliaria no ve ninguna pega, así que no veo por qué no —respondió Paul—. Además —añadió riendo—, de todas maneras es casi nuestro ya. ¡Solo faltan tres semanas!

23

Lorna sonrió a pesar de las náuseas. Aquello era una locura, no se podía calificar de otro modo: una locura de principio a fin. Entonces, con la misma facilidad con que se habían congregado, las burbujas de la risa se evaporaron en su interior, sustituidas por el miedo; ese mismo miedo que le impedía conciliar el sueño desde hacía una semana. A medida que pasaban los días iba cobrando conciencia de la magnitud de las decisiones que habían tomado: cambios de moneda, pólizas de seguros, cuentas bancarias, agencias inmobiliarias, abogados, empresas de mudanza, documentos legales, casi todo en francés, una lengua que ninguno de los dos dominaba. ¿Qué estaban haciendo? No, había que decirlo sin tapujos: ¿qué coño estaban haciendo?

—¿Estás bien? ¿Voy demasiado deprisa?

Lorna negó con la cabeza y tragó saliva para liberarse del desagradable sabor que le había subido por la garganta junto con la marea de ansiedad. Paul le apretó la mano.

—Ya falta poco —aseguró mientras doblaba otra curva.

La angosta carretera flanqueada de árboles discurría entre

el flanco de la montaña por la derecha y la empinada margen del río a la izquierda. Manteniendo la vista hacia el frente, Lorna se preguntó cómo se podía saber dónde se encontraba uno en aquella carretera. Desde el comienzo de la sinuosa subida desde St. Girons todo se veía igual, con la panorámica limitada a las laderas de las montañas que la rodeaban. Se agarró al borde del asiento, aquejada por otro acceso de náuseas, y luego el coche franqueó la última curva, que los propulsó de la penumbra del bosque al valle inundado de luz que se ensanchaba ante ellos. Y allí estaba, con las viejas piedras destellantes bajo el sol de noviembre, como un gigantesco reflector.

El hostal.

Y si mal no se equivocaba Lorna, alguien brincaba y daba volteretas en el jardín, en compañía de una gata.

24 Un coche no pasa de ser un coche se encuentre uno en la postura en que se encuentre. En condiciones normales, Chloé ni se habría inmutado al ver uno, pero la repentina llegada de un vehículo por el camino de entrada del hostal justo cuando estaba colgada boca abajo le produjo un sobresalto que la hizo aterrizar de espaldas con un buen porrazo a escasos centímetros de *Tomate*. Se quedó tumbada, pestañeando a toda velocidad mientras trataba de comprender qué hacía allí postrada, absorbiendo el frío de la tierra en los huesos.

—*Oh my God, are you OK? Can you move? Have you broken anything?*¹

Chloé centró la mirada en la cara inclinada encima de ella. Una mujer, más o menos de la edad de su madre, con el pelo muy liso, como a ella le habría gustado tener, esa clase de pelo que no se rebelaba y no había que domar cada mañana antes de ir a la escuela, le preguntaba algo pero ella no comprendía en absoluto. Seguro que se había golpeado la cabeza y al caer se le había quedado fuera de lugar algo, porque la mujer

1 Dios mío, ¿estás bien? ¿Te puedes mover? ¿Te has roto algo?

movía los labios y producía sonidos, pero ella no les encontraba ningún sentido. Sacudió la cabeza tratando de devolver todo a su sitio y como le dio mareo, renunció y siguió tumbada en la hierba.

Lo bueno de aquello era que ya no tendría que ir a la escuela. Lo malo, que su madre se podría hecha una fiera.

—*Is she OK?* —Apareció un hombre por encima de ella.

—*I don't know. Her eyes are open but she hasn't spoken. We'd better call an ambulance.*

—*What's the French for «hurt»?*²

Chloé lanzó un suspiro de mártir, aceptando que el universo había sufrido un cambio permanente. Ya no podía comunicarse con el mundo. Al menos todavía le quedaba la posibilidad de convertirse en trapecista y pasar volando sobre las multitudes enfundada en un maillot morado, con el pelo muy liso flotando tras ella mientras se balanceaba a un palmo de la abombada lona de la gran carpa, enardecida por las exclamaciones del público...

—¿Estás... bien? ¿Te has... hecho... daño?

25

Al sentir el contacto de la mano del hombre en la frente, Chloé recobró de repente la capacidad de comprensión.

—¿Estás... bien? —repitió el hombre de una manera que le recordó a Gérard Lourde, el de la clase especial de la escuela, donde los maestros hablaban muy despacio utilizando palabras cortas.

—Sí... me... parece... que sí —respondió Chloé, haciendo lo posible para ayudar a salir airoso al hombre.

Entonces él sonrió y dijo algo a la mujer, que también le dirigió una sonrisa. Luego le pasó las manos bajo los brazos y la levantó con cuidado. Aunque sentía que el horizonte se movía un poco, aquello no era nada para una futura trapecista.

Tomate había vuelto a aparecer, recuperado del susto de haber estado a punto de quedar aplastado por Chloé, y daba vueltas en torno a sus piernas, deseoso de reanudar el juego de per-

² ¿Está bien? / No sé. Tiene los ojos abiertos pero no ha dicho nada. Mejor será que llamemos a una ambulancia. / ¿Cómo se dice en francés «te has hecho daño»?

secución acrobática en la hierba. La mujer se bajó para acariciarle la cabeza, suscitando un potente ronroneo.

—¿Es... tu... gato? —preguntó.

—Vive... aquí —explicó Chloé.

—¿Aquí? —dijo, sorprendida, la mujer—. ¿En el hostel? Chloé asintió con la cabeza.

—¿Nombre? —preguntó la mujer sonriendo a Chloé.

—Chloé.

Entonces la mujer se inclinó y se puso a hacerle cosquillas a *Tomate* en el punto exacto que lo incitaba a revolcarse en el suelo como un perro.

—Hola Chloé... Hola Chloé —dijo mientras le acariciaba la barriga.

Chloé volvió a suspirar. Aquellos dos eran realmente «especiales».

—No —corrigió con un asomo de exasperación—. Yo soy Chloé... ¡Ella es... *Tomate*!

26 La mujer por fin inclinó la cabeza indicando que comprendía mientras el hombre se disponía a estrechar la mano de Chloé.

—Hola, Chloé. Yo... llamo... Paul —se presentó sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque estaba más acostumbrada a que le besaran en la mejilla a que le dieran la mano.

—Mi... esposa. Ella... llama... Lorna —continuó, señalando a la nueva amiga de *Tomate*.

Chloé se planteaba si podrían llegar muy lejos con aquella conversación cuando sonó un chirrido de frenos gastados y la baqueteadada furgoneta de su madre, que antes perteneció al cuerpo de policía, se detuvo con una sacudida al final de la carretera que subía a Picarets. Mamá se bajó de un salto, dejando el motor en marcha, y después de atravesar corriendo la carretera principal, recorrió la corta distancia que la separaba de la valla del hostel con sus gruesas trenzas pelirrojas al viento.

—Vamos, Chloé, que si no llegarás tarde a la escuela... —gritó.

De repente calló al ver que Chloé no estaba sola.

—Ah, hola —saludó, acercándose a los tres—. Disculpen.

No debí gritar. Ustedes deben de ser los nuevos propietarios. Espero que Chloé no los haya molestado; solo viene a dar de comer a la gata a mediodía. No les importará, ¿verdad? Claude, de la inmobiliaria, dijo que pasarían, pero creí que ella ya se habría ido antes...

Chloé miró a Paul y a Lorna mientras su madre abría una pausa. Tenían la cara crispada, con la misma expresión que ya había observado en la cara de mamá cuando intentaba echarle una mano con los deberes de matemáticas. Estaba claro que necesitaban ayuda.

—Mira, mamá, tienes que hablar más despacio, ¿eh? Ellos son «especiales» —explicó.

—¿Qué quieres decir con eso de «especiales»?

—No sé. Como Gérard Lourde, de la escuela —respondió, encogiéndose de hombros.

La madre soltó una carcajada y le acarició el pelo.

—No son «especiales», cariño. ¡Son ingleses!

Chloé no veía muy bien dónde estaba la diferencia, pero como Paul y Lorna habían captado la palabra «ingleses» y asentían vigorosamente, tal vez su madre no andaba desencaminada.

—Hola, soy Stephanie, la madre de Chloé —dijo, tendiendo la mano—. *It's... nice... to... meet... you.*

Al oír aquellas palabras en inglés Lorna sonrió, más relajada, y todos se presentaron. Después Paul se puso a explicar a su madre algo con muchos gestos y su titubeante francés, hasta que Chloé se dio cuenta de repente de que hablaba de ella.

—¡No! —exclamó, obligándolo a callar—. No... no hay necesidad de preocupar a mamá. Me he caído solamente —añadió, atrayendo hacia sí la atención de su madre.

Así neutralizó las tentativas de Paul de seguir exponiendo el asunto. Todavía trazaba círculos en el aire con el dedo para dar una idea de la importancia de la caída.

—¿Te has caído? —preguntó Stephanie con seriedad—. ¿Es eso? ¿Solo ha sido una caída? ¿No estabas...?

—No, mamá, ¿vale? No estaba. Yo no... Yo no haría... Solo me he caído mientras perseguía a *Tomate*.

Stephanie la miró a los ojos, tratando de dilucidar si mentía.

—Ya sabes lo que pienso de esos saltos mortales, Chloé. No quiero que hagas eso, ¿entiendes?

Chloé asintió, aunque no lo entendía. Aquello era lo único en lo que se mostraba estricta su madre, la única cosa en la que no estaban de acuerdo. Por eso, aplicando la lógica adquirida durante los nueve años que llevaba en el planeta, Chloé se limitaba a realizar sus cabriolas donde no la viera ella, en los jardines de los vecinos, los campos de Christian y el patio del hospital. ¿Cómo, si no, iba a hacer que se cumplieran sus sueños?

Satisfecha con lo que fuera que percibió en las honduras de la mirada de su hija, Stephanie alargó la mano y la atrajo hacia sí, y por un momento Chloé quedó inundada de olor a incienso, champú y tierra. Cuando se asomó debajó del brazo de su madre, vio que Paul había cesado en sus gesticulaciones y Lorna le sonreía.

—¿Te has golpeado la cabeza? —preguntó la madre, soltándola por fin.

28 Chloé asintió y a través de la tupida cabellera de negros rizos se tocó el punto donde ya se estaba formando un prominente chichón.

—¿Te duele?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Lo bastante para no tener que volver a la escuela... —aventuró, probando suerte.

Stephanie puso los brazos en jarras y sonrió, sacudiendo la cabeza con fingido aire de desesperación.

—Bueno. No irás a la escuela, pero me podrás ayudar a transplantar unos brotes, ¿de acuerdo? Ahora ve a buscar tus cosas y dejemos en paz a estas personas.

Chloé se volvió para ocultar su cara de alborozo y se alejó, seguida de la gata. Cuando se agachaba para recoger la cartera, Lorna se acercó a ella.

—Mucho... gusto... en... conocerte... Chloé —le dijo—. Y... no... decir... a mamá...

Trazó un círculo con la mano antes de llevarse un dedo a los labios, guiñándole un ojo.

Chloé se echó a reír, contenta de contar con una cómplice.

Luego, con la mochila colgada, dijo adiós a Paul y se encaminó tras su madre a la furgoneta.

Una tarde sin escuela. No era como una vida entera sin escuela, pero era mejor que nada.

—Parecen muy agradables —comentó Paul mientras la furgoneta realizaba una cerrada curva para emprender el ascenso a Picarets y Chloé los saludaba desde adentro.

—Encantadoras —convino Lorna, que también agitó la mano hasta que la furgoneta desapareció, dejando un fuerte olor a gases de combustión tras de sí.

Entonces bajó el brazo y encogió los hombros, consciente del frío de la tarde, con la sensación de que Chloé y Stephanie se habían llevado consigo la calidez del sol. Por un momento, mientras trataban de comunicarse con Stephanie con el artificioso inglés de ella y el rudimentario francés de ellos, Lorna vislumbró cómo podían integrarse en aquella comunidad. Ahora volvía a sentirse como una forastera. ¿Cómo era posible que su francés fuera tan malo? ¿Por qué les costaba tanto construir hasta las frases más sencillas, frases que no les habrían planteado ningún problema en las clases de francés a las que asistieron en Manchester? Era frustrante, y Lorna sospechaba además que la cosa no iba a mejorar en un futuro próximo.

29

—Venga —dijo Paul, apoyando un brazo en su hombro para encararla hacia el hostel—. Vamos a inspeccionar nuestro nuevo hogar. Yo cogeré las linternas, tú lleva la libreta y ya veremos si la gata se decide a acompañarnos.

Como si intuyera que hablaban de ella, *Tomate* se acercó con un ronroneo audible desde lejos.

—¡*Tomate!* Un nombre curioso para una gata blanca y negra ¿no te parece? —comentó Paul mientras abría el maletero para sacar las linternas.

Lorna se echó a reír, pues no se le había ocurrido aquella relación. Luego rascó a *Tomate* bajo la barbilla, intensificando el ronroneo. Aunque no habían previsto adquirir un animal de compañía junto con una vivienda y local de negocio, aquella gata suponía todo un plus.

Con la libreta en la mano, Lorna se fue detrás de Paul y *Tomate* hacia el pequeño patio de la parte posterior del edificio que mediaba entre el hostel y el río. El cemento estaba cubierto con una gruesa capa de hojas secas provenientes del gran fresno que dominaba la ribera, y las sillas y mesas de plástico aparecían volcadas en desorden, víctimas de las tormentas del otoño. Acodados en la valla, contemplaron la estruendosa corriente del agua a su paso por la presa que se extendía hasta la otra orilla, con sus solitarios campos salpicados de casas.

Cuando habían visto la propiedad en junio, el sol arrancaba destellos en el agua y los árboles lucían con espléndido verdor. Lo que más les había llamado la atención había sido, no obstante, el gastado letrero de «En venta» que colgaba en precaria posición de la puerta principal.

—¿No te tienta? —había preguntado con una carcajada Paul mientras pasaban por delante, observando con avidez el magnífico edificio, los meandros del río y los campos que se sucedían en la lejanía.

Lorna no respondió. Paul sabía mejor que nadie que su sueño era dejar el empleo que tenía en un comedor escolar y abrir su propio restaurante. Sin embargo, por más números que hacían, nunca cuadraban las cuentas. No podían permitirse llevar adelante el proyecto.

El hostel les había dejado, con todo, una impresión duradera. Poco después, al detenerse a comer en un pueblo de montaña fueron a parar a un pequeño restaurante que más parecía un domicilio particular. Optando por comer fuera, se instalaron en una de las pocas mesas disponibles bajo los árboles, en un estrecho jardín contiguo a un arroyo. Allí sentados, imbuidos de la languidez del sol de la tarde, observaron las lentas idas y venidas de la cocina del camarero, que más parecía un agricultor que un mozo profesional.

—¡Tú podrías hacer lo mismo! —exclamó Paul.

—¿El qué? —preguntó Lorna, desconcertada.

—¡Esto! —Paul abarcó con el gesto las mesas—. Podrías llevar un restaurante como este.

Lorna siguió la trayectoria de su mirada, observando la

clientela compuesta de una mezcla de trabajadores y turistas sentados en placentera actitud bajo las sombrillas mientras el camarero depositaba un cesto de pan aquí, una jarra de vino allá y se paraba a charlar un poco de vez en cuando. Nadie se quejaba de la lentitud del servicio y el suave murmullo de las conversaciones se fundía con el canto de las cigarras y el borboteo del arroyo cercano.

—Sí... —acordó Lorna, dubitativa—. Sí podría. Pero ¿cómo ibas a encontrar tú trabajo?

—Yo sería como él. —Paul señaló al hombre que regresaba con paso cansino de la cocina—. Formaríamos un equipo.

Lorna emitió una seca carcajada.

—¡Sí, te acabarías aburriendo al cabo de nada! —replicó, sin atreverse a tomar en serio lo que decía.

—Puede que sí y puede que no. Así dispondría del tiempo que necesito para concentrarme en la creación de páginas web.

Reconociendo por la gravedad de su tono que no hablaba a la ligera, Lorna abrió una pausa para reflexionar. Con la amenaza de un posible despido acentuada por la mala marcha de la economía, Paul había intentado crear su propia empresa de informática, pero al trabajar a jornada completa le resultaba difícil encontrar tiempo para ello. Dentro de sus planes no había figurado nunca, en cambio, convertirse en camarero a tiempo parcial.

—¿De verdad hablas en serio? —preguntó.

—Sí. —Paul esbozó una pausada sonrisa, arrellanándose en la silla—. ¡Sí! ¡Después de haber visto ese hostel de antes, me parece que sí!

Durante toda la comida, Lorna permaneció distraída. Apenas apreció el succulento filete ni la exquisita *mousse* de chocolate, y casi no tocó el vino. Estuvo demasiado ocupada calculando el coste de los ingredientes, contando el número de clientes y realizando una estimación de las posibles ganancias. Paul hizo algunos números en una servilleta y, sumando el producto de su indemnización de despido y de la venta de su casa, llegó a la conclusión de que era factible. Todo dependía de cuánto pidieran por el hostel.

Cuando por fin cobraron conciencia de su entorno, se die-

ron cuenta de que la hora de la comida se había terminado y que el camarero y su mujer, la cocinera, estaban sentados a una mesa charlando con unas personas que debían de ser habituales de la casa. Lorna sintió entonces una corriente de excitación a lo largo de la columna. Aquella pareja podrían ser Paul y ella, sentados tranquilamente después de trabajar, integrados en una comunidad.

—¡Por nuestro hostel! —brindó, levantando la copa que había tenido relegada.

—Por nuestro hostel —repitió Paul, sonriente—. ¡Más valdrá que llamemos a la inmobiliaria para comprobar que lo podemos pagar!

Y así lo hicieron. Se quedaron estupefactos al oír el precio. Casi no se lo podían creer. Después de inspeccionar el hostel y calibrar su potencial, regresaron a Inglaterra y pusieron en venta su casa. Los cuatro meses que tardaron en venderla les parecieron una eternidad, pero finalmente, en octubre, con la indemnización de despido de Paul también en el banco, pudieron presentar una oferta que, para su alborozo, enseguida fue aceptada.

Durante los largos días siguientes, acompañados de sus correspondientes noches en vela, no les había costado imaginarse viviendo en el hostel y emprendiendo una nueva vida como hoteleros en la hermosa casona de la orilla del río. Ahora, pese a que el invierno apenas comenzaba, el río discurría mucho más rápido y las ramas de los árboles desnudos se recortaban en un frío cielo. Todo se veía mucho más desolado. Y mucho más real.

Con un leve escalofrío, Lorna volvió la espalda al río y por primera vez desde su llegada observó el hostel. Presentaba un aspecto muy diferente de la alegre fotografía que había presidido la pantalla de su ordenador durante los cinco meses anteriores, captada cuando el empleado de la inmobiliaria había abierto los postigos, aureolada de luz y de una calidez casi tangible. Ese día, las piedras de la cara norte del edificio se veían grises y hostiles, cubiertas de hiedra seca, y en los postigos cerrados de las ventanas se resquebrajaba la pintura.

«Solo necesita un poco de cariño», se dijo Lorna con fir-

meza. Antes de dejarse abatir por el desánimo, atravesó el patio para subir las escaleras de la puerta posterior.

Dentro pintaría mejor.

—Ay, Dios mío, pero ¿qué hemos hecho?

Una hora después, de vuelta en el patio, Paul se dejó caer en una de las sillas de plástico y hundió la cabeza entre las manos, sintiendo por vez primera desde que habían aceptado su oferta por el hostel, a mediados de octubre, que habían querido abarcar demasiado. Oyó a Lorna que se acercaba a su espalda y sintió que le apoyaba las manos en los hombros para darle un suave apretón.

Había sido horroroso.

Cuando entraron en el espacioso comedor que ocupaba casi toda la planta baja, lo que más les impresionó fue el olor. Más que húmedo, era empalagoso: una combinación de hedor a rancio y a podrido superpuesta a la dulzona peste de los ratones muertos. Con la débil luz invernal que se filtraba a través de las ranuras de los maltrechos postigos solo lograron distinguir la densa capa de polvo que lo cubría todo, las telarañas prendidas de las paredes y el techo y los excrementos de ratón desparrramados encima del enorme aparador francés.

33

Desalentados, continuaron hasta la puerta de la cocina. Cuando Lorna la abrió y asomó la cabeza, algo salió corriendo como una exhalación y le pasó por encima del pie antes de escabullirse en los oscuros rincones de la gran sala. Lorna se estremeció, exhalando un grito ahogado.

—¡Dime que solo era un ratón!

—Desde luego. Solo un ratón —mintió Paul, tomando la precaución de mirar la zona próxima a sus pies por si acaso detrás del roedor iban a llegar otros congéneres aún más grandes—. ¡Sabía yo que teníamos que hacer entrar a la gata!

Pegándose instintivamente uno al otro en busca de apoyo moral, entraron en la cocina. Paul encendió la linterna para combatir la oscuridad. Paseó la luz sobre la encimera de acero situada a la derecha de la puerta, resaltando más acumulaciones de excrementos de ratón y el verduzco brillo apagado de la

superficie que delataba los residuos de grasa incluso con la escasa potencia del foco.

—A los inspectores de sanidad les daría un ataque —aseguró Paul mientras observaba una masa azul y velluda posada en una plancha de madera.

—¿Qué es? —susurró Lorna.

—¿Pan, quizá? ¡Sea lo que sea, ni los ratones lo han tocado! Lorna sacudió la cabeza con incredulidad.

—Esperemos que su destreza culinaria fuera mejor que su higiene.

—Mmm, lo dudo mucho.

Paul se agachó y señaló las hileras de latas de tamaño industrial que había en el estante de abajo, resaltando las etiquetas con la linterna.

Salsa para espaguetis a la boloñesa, salsa para estofado burguiñón, pollo al vino, raviolis... había incluso varias enormes latas del plato regional, el *cassoulet*, compuesto de judías, salchicha y muslos de pato. Por lo visto, el abrelatas de aquel restaurante se dedicaba a ofrecer remedos de la cocina casera francesa.

—¿Podríamos utilizarlas? —preguntó Paul.

Lorna se inclinó para mirar de cerca, para lo cual hubo de efectuar una obligatoria limpieza de heces de ratón y de una gruesa capa de grasa. Luego se volvió hacia Paul emitiendo una irónica carcajada.

—Están caducadas.

—¿Desde cuándo?

—Solo dos años...

—¡Jesús! ¿Todas?

—La mayoría. Algunas solo llevan caducadas un año —añadió con sarcasmo.

Paul soltó un quedo silbido.

—¡La comida debía de ser horrible aquí!

Lorna asintió mudamente, considerando qué implicaciones podía tener eso para ellos en su condición de nuevos propietarios y para ella como cocinera. Muy consciente de la labor que tenían por delante, tratando de competir en dotes culinarias con los franceses en su propio terreno, la alivió un poco el pen-

sar que los anteriores propietarios no habían sido unos virtuosos. Seguro que la gente de los alrededores estaría encantada de tener un restaurante donde por fin sirvieran auténtica comida casera, utilizando verduras y hierbas aromáticas del huerto que pensaba crear e ingredientes de origen local. En comparación con aquellas latas de comida de producción industrial, Lorna estaba convencida de que sus sencillas recetas serían una delicia. Sintió una subida de adrenalina imaginando los platos que saldrían de su cocina: filetes de salmón fritos con hinojo y puerros pochados en salsa de vermut; pechugas de pollo marinadas en limón con romero y tomillo y, cómo no, ajo en abundancia; salchichas de Toulouse cocidas a fuego lento con sidra y servidas con puré de patata con salvia... Proyectada en su ensañación, Lorna creyó hasta aspirar los aromas que convocaba con su imaginación. Hasta que Paul no la sacó de su ensimismamiento no cayó en la cuenta de que su nariz estaba reaccionando ante una emanación de olor de muy distinta naturaleza.

—¿Qué diantre es esa peste tan horrible? —preguntó él con una mueca de repugnancia.

35

Lorna olisqueó un momento y, efectivamente, el olor general a podrido que habían percibido al entrar había quedado sustituido por algo mucho más potente y mucho más desagradable.

Los dos se dirigían al otro extremo de la cocina, siguiendo el rastro de la pestilencia, cuando el foco de la linterna iluminó una plancha cubierta de varios centímetros de una negra costra de masa medio cocida y una freidora sin la tapadera, en cuyas turbias profundidades de aceite se distinguía apenas un lagarto ahogado. Se quedaron unos segundos observando con mudo asombro el reptil muerto. Entre tanto, Lorna se devanó los sesos tratando de recordar si el hostel había presentado ese estado de descuido cuando lo visitaron en junio. Quizás habían querido verlo todo de color de rosa...

Mientras se alejaban de la freidora para acercarse a la nevera, el hedor se tornó insoportable.

—¡Mierda! ¿Qué diablos es eso?

Paul se tapó la nariz con el brazo para protegerse de la peste.

—Creo que es esto.

Lorna tiró de la empuñadura del enorme frigorífico y lo abrió para luego volver a cerrarlo a una velocidad récord, ahogada por un acceso de tos. Había tenido tiempo suficiente para vislumbrar la negra cochambre que rebosaba por los estantes y la gruesa excrecencia mohosa que recubría de arriba abajo el interior.

—Eso se limpia en un santiamén —apuntó Paul con poco entusiasmo.

Sin hacer ningún comentario, Lorna se volvió para irse, pues aunque todavía había visto muy poco, ya había tenido más que de sobras. Sus sueños de preparar unas deliciosas comidas en aquella cocina se le antojaban de repente inalcanzables.

36 Volviendo sobre sus pasos por el comedor, que ahora aparecía como un acogedor salón comparado con la cámara de horrores de la cocina, se encaminaron al vestíbulo. Paul se adelantó para subir las escaleras. Durante el ascenso, la luz de la linterna rebotaba en las escenas de caza colgadas en todos los espacios disponibles de la pared. Con la sucesión de ciervos acosados, jabalíes heridos y gamuzas fugitivas, la escalera era como una procesión de animales salvajes muertos o moribundos. Luego, al llegar al rellano de arriba, Paul dirigió la luz hacia el frente y dio un salto, horrorizado.

—¡María santísima!

Retrocediendo instintivamente, perdió el equilibrio y la linterna se le cayó de las manos cuando se agarró a la barandilla para no caer escaleras abajo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Lorna, llegando a su lado.

Con una risa entrecortada, Paul recogió la linterna y proyectó la suave luz anaranjada sobre la pared de lo alto de la escalera.

—¡Mierda! —chilló Lorna, enfrentada al ojo de vidrio de una cabeza de ciervo disecada—. Ay, Dios, es...

—¿Horrendo?

Lorna asintió, pasmada por la visión de aquella cabeza apollada con un solo ojo y cuernos rotos que colgaba torcida del muro.

—No recuerdo haberlo visto la otra vez, ¿y tú? —preguntó.

—No. No es algo que hubiéramos olvidado así como así. ¿No había aquí una foto o algo por el estilo?

—Sí, tienes razón. Lo recuerdo bien: era una foto... una vista aérea del hostel.

—Pues el señor Loubet debe de haber decidido llevársela y dejarnos a nosotros esto. ¡No le combinaría mucho en su casa de la costa!

Las risas nerviosas con que acogieron el comentario produjeron un lúgubre eco en el corredor que les causó un nuevo sobresalto.

—Echemos un vistazo a las habitaciones —propuso Paul, procurando disimular su desasosiego—. Quiero subir al desván antes de que anochezca.

Reacia a darle la espalda al animal disecado, Lorna se acercó a su marido sin poder dominar la aprensión.

Les costó poco inspeccionar las siete habitaciones y la lavandería dispuestas a ambos lados del pasillo. Aparte del carácter chillón del papel pintado y de la carcoma de los armarios, supervivientes tal vez de la época napoleónica, el único problema potencial radicaba en los colchones. Cuando habían visitado el hostel la vez anterior, todas las camas estaban hechas, con pulcras sábanas de lino y colchas de alegre colorido. Ahora, sin ninguna tela por encima, los colchones evidenciaban el desgaste del uso en sus numerosas manchas y algún que otro muelle roto. Algunos de los somieres tampoco se veían en buen estado; uno estaba sujeto con una cuerda y otro apoyado en una pila de ladrillos para suplir la ausencia de una pata.

Con la luz de la linterna, Lorna agregó los detalles a la lista de cosas pendientes. Comenzaba a pensar que había pecado de optimista al llevar solo un cuaderno. La lavandería, sobre todo, habría reclamado una página entera, ya que la mayoría de las sábanas eran demasiado viejas o estaban demasiado manchadas para servir de algo, y las toallas, de tan gastadas, no tenían nada de esponjosas.

—¿Estás lista para ir al desván? —preguntó Paul mientras Lorna acababa de escribir y guardaba el cuaderno en el bolsillo.

—Ay, sí. No puede ser peor de lo que ya hemos visto.

Paul abrió la puerta y retrocedió con celeridad, dedicándole una irónica mueca.

—¡Yo no estaría tan seguro!

Lorna siguió con la vista la luz de la linterna que desaparecía en la oscuridad de la escalera, iluminando antes la densa masa de telarañas entretejidas sobre el umbral.

—Las damas primero —le susurró Paul al oído, propinándole un suave empujón en la espalda.

—Pues muchas gracias —murmuró ella, apartando las polvorientas hebras con el mango de su linterna.

Subieron juntos las escaleras, agachados para evitar en la medida de lo posible las telarañas, hasta que pudieron enderezarse al salir al alargado desván, donde la luz exterior que se filtraba por las claraboyas hizo por fin innecesarias las linternas.

38 —¡De momento no parece muy acogedor para vivir! —comentó Lorna mientras paseaba la mirada por el tosco suelo y las curvadas vigas cubiertas de hollín y suciedad bajo la pizarra del tejado.

Habían calculado que transcurriría al menos un año antes de que pudieran iniciar las obras necesarias para convertir aquel enorme espacio en una zona de vivienda para ellos. Hasta entonces, tendrían que conformarse con uno de los dormitorios del piso de abajo.

—No, pero quedará estupendo. —Paul se encaminó a la claraboya más cercana y se colocó de puntillas para mirar a través del pequeño retazo de vidrio, opaco a causa de los años—. ¡Mira! Se ven los picos más altos desde aquí —anunció con entusiasmo.

Al apartarse para dejar sitio a Lorna, pisó un charco.

—Pero ¿qué...?

Paul bajó la vista hacia el plástico dispuesto bajo la ventana, donde el agua se acumulaba en torno a su pie, y enseguida comprendió.

—Tiene que haber una gotera —afirmó, palpando con creciente pánico la madera del marco de la ventana—. Aquí. Toca. ¡Está empapado!

Lorna no lo escuchaba, sin embargo. Estaba mirando horrorizada el suelo del desván, con el sinfín de sacos de fertilizante vacíos que pensaban que alguien había tirado allí simplemente para deshacerse de ellos.

—¡Mierda! —maldijeron al unísono.

Contenta de encontrarse de nuevo fuera, Lorna volvió a dar un apretón en el hombro de Paul antes de sentarse a su lado, sin saber si le quedaban muchos ánimos para poder insuflárselos a él.

—Por dios, ¿cómo se puede deteriorar tanto una propiedad en cinco meses?

Paul emitió un gruñido, con la cabeza todavía gacha y la mirada perdida en la alfombra de hojas secas que tapizaba el suelo.

—Bueno, al menos ahora ya sabemos lo mal que está —continuó Lorna, esforzándose por demostrar más optimismo del que sentía—. Y las goteras aguantarán hasta que nos la entreguen dentro de un mes.

Después de inspeccionar el techo de pizarra habían identificado cuatro filtraciones principales que reclamaban una reparación urgente; luego, una observación más minuciosa del techo de las habitaciones había puesto en evidencia manchas y abombamientos. Conscientes de que no podían hacer gran cosa de inmediato, recorrieron el desván buscando algo más indicado que los plásticos para colocar debajo de las goteras, pero solo encontraron ratoneras ya desactivadas y cantidades aún superiores de excrementos de ratón que atestiguaban la ineficacia de las trampas.

Al final encontraron la solución. Al cabo de media hora, después de vaciarlas precipitadamente en una bolsa de basura, colocaron cuatro latas de salsa boloñesa caducada debajo de las peores goteras.

—Lo vamos a transformar, ya verás —aseguró Lorna, inclinándose hacia Paul—. Solo necesitaremos tiempo.

—¡Y gran cantidad de dinero!

Lorna observó su cabeza gacha y sus hombros caídos.

—¿Quieres anular la compra? —propuso—. Aún no es demasiado tarde. Perderíamos el depósito, pero quizá sea mejor que seguir adelante.

Como si captara su estado de ánimo, *Tomate* saltó hasta el brazo de la silla de plástico en la que estaba sentado Paul y se frotó contra él, produciendo una especie de gemido.

Paul levantó la cabeza y alargó instintivamente la mano para acariciar a la gata.

—No quiero retirarme. Bueno, creo. No sé... Pero es que ahora se ve muy diferente de cuando estuvimos aquí en verano. Es el tejado... el depósito de gasoil... ¡todo! Parece mentira que no nos diéramos cuenta antes.

Lorna asintió con la cabeza. Sabía muy bien a qué se refería Paul. Después de bajar del desván, la inspección del sótano solo había servido para acabar de anonadarlos. Aparte de los dos congeladores, que se encontraban en un estado similar al de la nevera de la cocina, habían descubierto también una pequeña pero peligrosísima fuga en el gigantesco tanque de gasoil que ocupaba la mitad de aquel inmenso espacio. El peligro radicaba en su proximidad con la vieja caldera. Paul, que era ingeniero, sabía que habría que cambiarlos los dos y tenía una idea bastante precisa de su precio.

—¡Y eso sin contar las cagadas de ratón! —añadió Lorna con una sonrisa.

Paul soltó una espontánea carcajada. Sobresaltado por el ruido, la gata saltó al suelo y se fue brincando por la hierba.

—Sí, las cagadas de ratón. ¡Hasta en la puñetera caja registradora! —Sacudiendo la cabeza con incredulidad, se puso en pie y tendió la mano a Lorna—. Tienes razón —dijo, tirando de ella para abrazarla—. Saldremos adelante.

Lorna exhaló un suspiro de alivio mientras hundía la cara en su forro polar. Pese a todos los problemas que habían detectado, tenía la certeza que aquella era la buena vía.

—Venga, vamos. —Paul se separó de ella y cogió del suelo la bolsa de basura repleta de salsa boloñesa—. Devolvámosle la llave al de la inmobiliaria antes de que se vaya a su casa.

Acompañados de la gata, rodearon el edificio para dirigirse a la verja. Justo cuando llegaban, por la carretera de enfrente

desembocó un baqueteado Panda 4x4 que salió a la carretera principal en dirección al pueblo. Al pasar por su lado, el conductor hizo sonar el claxon y los saludó alegremente con la mano. Paul y Lorna le devolvieron el saludo, percibiendo solo una rizada masa de cabello rubio.

—¡Eso ha sido una buena señal! —comentó Paul mientras depositaba la bolsa en el contenedor de basura—. ¡Necesitaremos estar bien con los vecinos para que el negocio llegue a funcionar!

Tras subirse al coche se alejaron hacia St. Girons. Aposentada de nuevo en la pila de leña, la gata apoyó la cabeza en las patas, preguntándose qué le depararía lo que quedaba de día.